

ron en las reedificaciones no poco de lo dicho, circunstancia que no debe de olvidarse, tanto más cuanto que yo no sigo siempre el orden cronológico en las producciones de las bellas artes.

Haré también observar que las catástrofes dichas eran dolorosa causa de nuevos trabajos pictóricos y escultóricos, ya en el retocado y compostura de lo que los sacudimientos terrestres perdonaban, ya en volver á hacer otra vez lo que había perecido á su violencia (1).

Empezaré, pues, la relación por el templo más antiguo que conozco como digno de que figuren en esta obra los primores que encerraba en pinturas y esculturas; y como no es posible, ya lo dije, separar totalmente en la descripción de las obras maestras de escultura, que al fin y al cabo fueron las religiosas, los lienzos que las adornaban, abriré ahora nueva sección que junte ambas. Quizá repita algo de lo dicho, pero creo será poco.

(1) Hasta el terremoto de 1746 se contaron por grandes los de 1582, 1586, 1606, 1630, 1653, 1673, 1687, 1690, 1699, 1716, 1725, 1732, 1734 y 1743. Los ocho primeros de éstos fueron los mayores.

Escultura y pintura.

«A 25 de Octubre de 1558 empezó á edificarse el templo de los agustinos de la ciudad de Trujillo. Desde la puerta á la capilla mayor es todo de artesones de yeso, labradas molduras, vistosos relieves, y todos los huecos con labores y piñas doradas, y á la esquina de cada cuadrado había un serafín con que la obra se alindaba; la capilla mayor se levantaba sobre el resto y eran los artesones de mayor elegancia, y sustentaban cada viga sobre que cargaba la bóveda dos ángeles del tamaño de un hombre, agobiado el cuerpo como quien sustentaba el peso; aquí era lo dorado más y las piñas de oro mayores; hacían sombra colores jaspeados, con que era el edificio más hermoso del Perú y de los que pudieran contarse por primeros en Europa.

»Eran el coro alto y el bajo de la misma obra; el templo era alto con hermosura, ancho con proporción y largo con majestad. A trechos hacían labor por la pared tarjas de á vara labradas de relieve y esmaltadas de oro, donde estaban las nobles armas y

blasones ilustres de los patrones, con otros dos escudos de á dos varas en los lados del altar mayor.

»Al lado izquierdo hizo D. Juan de Sandoval una capilla pequeña á los ángeles, donde en cuerpos gigantescos estaban de talla entera San Gabriel, San Miguel y San Rafael, que lo majestuoso de los bultos remedaba la grandeza de su santidad. Aquí estaba, en lo mejor del altar, un bulto hermosísimo de cabal perfección de la Virgen Santísima con título de Reina de los ángeles...

» Ilustraron los fundadores la sacristía, que era de otro género de artesones, de galana forma, alta, gallarda y dorada..., y con la misma obra de artesonesse hizo un claustro entero, refectorio, *De profundis*, antecristía, porterías y un ángulo de celdas.»

Ya habrá conocido el lector en el estilo al P. M. Fr. Antonio de la Calancha.

Los fundadores fueron D. Juan de Sandoval, conquistador, y su esposa Doña Florencia de Mora, hija del conquistador Diego de Mora. De todos ellos hemos dado ya noticias al tratar de la «Industria agrícola».

Doña Leonor Portocarrero y su hija Doña Mencía de Sosa, suegra aquélla y mujer ésta del rebelde Francisco Hernández Gi-

rón, vivían retiradas en Lima en una pobre casa cerca de la iglesia que es hoy parroquia de San Marcelo y entonces convento de agustinos.

La confiscación de bienes hecha á Hernández Girón después de su suplicio, dejó á aquellas dos señoras en situación muy precaria. Así y todo, aconsejadas del Provincial de San Agustín, Fray Andrés de Santa María, fundaron en su pobre casa un conventillo, día de la Encarnación del Señor, de 1558. Dos señoras más las acompañaron en su clausura: Doña Juana Girón y Doña Inés Velázquez. Fué grande la estrechez en que vivieron hasta que, entrando más señoras deseosas de imitarlas en su recogimiento y género de vida, con los buenos dotes que llevaron empezaron á vivir con desahogo. En 1561 acordaron dar la obediencia al Arzobispo, y dejando el hábito que tenían de beatas, recibieron el de canónicas reglares de San Agustín de manos del ilustrísimo D. Fray Jerónimo de Loaiza, dominico, primer arzobispo y obispo de Lima.

Desde el año siguiente de 1562 que se pasaron al sitio que al presente están, se las conoce por las monjas de la Encarnación, aunque su primitivo beaterio se llamó de Nuestra Señora de los Remedios. Creció

tanto la Comunidad, que en 1630, fecha en que el P. Cobo escribía su *Historia de Lima*, vivían dentro de las paredes del convento 700 mujeres: de ellas eran monjas las 300, con las novicias, hermanas y donadas; las 400 restantes, entre criadas, esclavas y doncellas seglares que se criaban dentro hasta tomar estado.

La iglesia de este convento, el primero que hubo en todo el Perú y del que salieron como de raíz cuantos había fundados en Lima hasta 1630, es la que describe el Padre Calancha de este modo en lo que se relaciona con nuestro actual propósito:

« Tiene su iglesia costosísimas rejas de hierro, á trechos doradas, y en los lazos plateadas; majestuosos retablos, uno en el altar mayor y otro junto al coro: aquél de obra gallarda, que en nichos van subiendo santos de talla; y sobre el sagrario el misterio de la Encarnación, y en la cumbre, que toca al techo, un gran Cristo, y á sus lados San Agustín y Santa Mónica, todo de media talla y con agradable disposición.

» El retablo de la Encarnación de la parte del coro es todo cespó, de obra superior; diversidad de bultos y galantes pinturas, y por primera en el altar la Virgen, grave, devoto, alto y hermoso bulto.

» Tiene otros retablos menores con altares. En la capilla colateral derecha á San Agustín, y en la izquierda á Santa Ana; en el cuerpo de la iglesia, otro en que está un devoto y milagroso Cristo, y otro altar de San Nicolás de Tolentino, de pincel, en retablo, pintando aquel favor que recibió de Cristo, viendo á la Virgen María y á su Padre San Agustín cantándole los ángeles su procesión el día dichoso de su tránsito y la venturosa casa de su sepultura.

» Hay otros retablos que hacen hermosísimo adorno en la iglesia, hechos unas ascuas de oro, todos con lámparas de plata y ricas colgaduras de telas de oro y plata, y otras bordadas con recortes de tela y brocados sobre terciopelos carmesíes y otras de sedas diferentes, con dos órdenes de retablos ó lienzos dorados (esto es, pinturas con marcos dorados) que, unidos y juntos, cogen del principio al fin de la iglesia en todas partes. »

Cuando en el cuarto tomo de esta obra expusimos los principales episodios y diversas fases que hubo en la guerra promovida y sostenida por la ambición del menor de los Pizarros, tuvimos ocasión de hablar un poco del célebre religioso franciscano Rique ó Rike ó Ricki, de Malinas, hijo na-

tural de Carlos V, como generalmente se cree. Es también muy conocido por Fray Jodoco, nombre flamenco de pila que suena á Juan en castellano. Fué hombre de no común actividad y fundador del suntuoso convento de San Francisco de Quito, que, según dicho del conquistador Francisco Pizarro, «había de ser el mejor y más galano edificio que tuviese Quito».

El 25 de Enero de 1535, pocos días después de fundada la ciudad, se le dió principio bajo la advocación de San Pablo, en consonancia eclesiástica con la fecha de la fundación.

«Delinearon los conquistadores una de las plazas de la ciudad delante del convento, y le señalaron indios para que se ocuparan en la construcción de la nueva fábrica⁴¹.» Un siglo entero y más se tardó en hacer el convento, admiración de cuantos lo han visitado. La extensión de su área, toda cercada con muralla de ladrillo, excepto el frente que da á la plaza, me ha parecido varias veces que ocuparía la duodécima parte de la ciudad en 1875.

Fray Diego de Córdoba y Salinas, cronista franciscano, nos va á dar de él preciosos datos. «La fábrica se dilata hermosa en tres naves, tan desahogadas las capillas que

se les puede leer de lejos el adorno sin fatigar la vista. La nave del medio es muy alta, y cubierta de lazo mosaico de incorruptible cedro á manera de bóveda, hecha un ascua de oro. La iglesia corre de follaje labrado en cedro con ocho retablos dorados con sus pilares que la ciñen en redondo... El crucero, que se estima por de mejor garbo de cuanto el Perú contiene, es de cuatro arcos torales fabricados sobre cuatro pilares; la cubierta, del mismo lazo que la iglesia. Ciñenlo alrededor muchos santos de media talla sobre curiosas molduras.

» Acompañanle por los dos lados dos grandes capillas, la una en que se venera y admira un riquísimo relicario de innumerables reliquias... El retablo del altar mayor, poblado de estatuas, á imitación del Panteón de Roma, da vuelta á toda la capilla mayor en redondo, todo de cedro, obra superior por la valentía del arte y escultura con que le labraron escogidos artífices.

» Las demás capillas y altares que tiene el convento repartidas por su iglesia, portería y claustros, no es posible, en tan breve borrón, pintarlos; sólo al de la portería, en que de ordinario se dice Misa, siendo muy bien labrado el retablo, le acompañan 54 lienzos de pintura al óleo; la cubierta,

toda dorada, poblada de pinturas de santos, se retrata una gloria.

» Los cajones que coronan todo el espacio de la sacristía son de nogal embutidos de cedro y naranjo, que, añadiendo belleza, guarda muchos y ricos ornamentos.

» El claustro principal está adornado con 54 lienzos de pintura romana de la vida de nuestro Padre San Francisco, guarnecidas de pedestales, columnas y cornijas doradas, y en cada ángulo un curioso altar con sus retablos y zaquizamies dorados.

» Tiene el convento dos escaleras de piedra, cubiertas la una de bóveda y la otra de una media naranja por demás vistosa, vestidas las paredes de hermosísimos lienzos.

» Tiene además un *De profundis* muy capaz con la cubierta de artesones y molduras doradas, adornado de 30 retablos de apóstoles, vírgenes y confesores. »

Doce religiosos Agustinos llegaron al Perú el año de 1551. Hernán González de la Torre, natural de Guadalcanal, en España, y Doña Juana de Cepeda, los alojaron en sus casas de Lima tan espléndida y piadosamente, que el grato recuerdo de estos bienhechores insignes quedó vivo por largos años en la agradecida familia agustiniana.

No abrió menos la mano para ellos Doña

Luisa Manrique, nieta de los recién dichos benefactores, pues, como dice De la Calancha en la Crónica de su Orden, la despensa de su casa fué la del convento, y la caja de esta señora la del desempeño de las deudas de los frailes y el socorro de sus fiestas religiosas.

Los donativos de González y su esposa llegaron más adelante á 50.000 pesos en dinero, alhajas, ropa, etc., y Doña Luisa dejó á la Comunidad una renta de 1.500 pesos anuales. Con estas limosnas, con las de otros caritativos bienhechores y con unos seis mil doscientos pesos con que las arcas reales les ayudaron, empezaron á levantar su iglesia y convento donde más tarde se alzó la parroquia de San Marcelo.

El cabildo de Lima les dió también unos terrenos próximos á la iglesia. Pero como entonces era este sitio muy retirado y aun malsano, sólo permanecieron en él veintidós años, con tanta modestia, buen ejemplo y edificación de la ciudad entera, y con tanta copia de limosnas, que cuando, por las causas dichas, juzgaron oportuno variar el sitio más hacia el centro de la ciudad, pudieron dar 60.000 pesos sólo por las cuatro cuadras de recinto y solar que hoy ocupan.

De la suntuosa iglesia que en 1573 em-

pezaron á levantar, y que acabaron muy en breve, voy á poner cuatro líneas que contengan lo más precioso de ella y sólo lo estrictamente relacionado con la pintura y escultura. Añadiré también alguna cosa de los claustros, escaleras, etc., en lo que hallará el lector bien de qué maravillarse.

Entresaco, pues, de la descripción total lo que hace referencia á la presente materia, dejando la parte arquitectónica para cuando exprofeso tratemos de ella. Esto mismo haremos en la ojeada que demos á los demás templos. Conozco que este descuartizarlos los desluce; ¿pero qué remedio queda si por separado he de estudiar las bellezas que encerraron?

La total y minuciosa división de sus pinturas y esculturas en los lugares en que de ellas hemos tratado hubiera hecho tan enojosa é intolerable la lectura de aquellas páginas, que, sin pormenores de interés que dar de cada una de las obras que allí pudiera haber estampado, las hubiera reducido á una especie de índice pesado é indigesto. Otro tanto digo de los retablos; y así, la división general que adopto para la descripción de los templos, que es la de pinturas y esculturas como primer miembro, y la de su arquitectura como segundo, me parece la

más propia y adecuada para el estudio de las bellas artes.

Describo ahora el segundo templo, el empezado á edificar en 1573.

«El retablo del altar mayor, fuera de los lienzos que por hacer más gala están entre los santos gigantescos de bulto y entre las figuras de media talla (y cada lienzo representa diferente acción de nuestro Padre San Agustín) lo cuajan ángeles y virtudes; da vueltas por la cumbre, con ser altísima, y es tanto lo crespo y lo galano que, con lo dorado y estofas de colores, hace la pieza más preciosa que tiene aqueste reino.

» El virrey príncipe de Esquilache decía que ningún retablo había en toda España que se le igualase ni hiciere competencia. Costó sin el pincel, que es obra de nuestro Fray Francisco Bejarano, más de treinta mil ducados.

» Todos los otros retablos, que son catorce si son menores, no son desiguales en lo preciosos, en los tallados, bultos, pinceles, oros, colores y primor del arte.

» El facistol es obra primorosa, costosa y señorial; caben diez libros de coro, y son los libros muy grandes.

» Son treinta los libros, y sus iluminaciones, adornos y curiosidades, de extrema-

do primor. Las capillas colaterales, por lo alto, están adornadas con lienzos excelentes, obra romana, con cuadros y recuadros, obra preciosa. Desde los arcos hasta los suelos, y los pilares por todas cuatro partes, y los techos de las bóvedas, está cuajado de frisos y molduras doradas, y entre oro y oro excelentes pinturas, y en los lienzos diversidad de santos de nuestra Religión y otros de los más celebrados de la Iglesia.

» En las cuatro esquinas del claustro están cuatro bellísimos retablos de obra prima, al modo que los retablos de la iglesia: cuestan 4.000 pesos, y son preciosos. El claustro alto es de pilares de piedra, uno menor entre dos mayores, obra nueva, curiosa y galana; está cubierto de madera, y adornadas las esquinas y medios con lienzos grandes y molduras doradas. La escalera es la primera del reino por sus descansos y anchura; el suelo es de azulejos, y la cubierta de artesones de azul y oro, que cubre tres órdenes de escaleras y dos descansos; tiene un gran lienzo romano de Cristo y la Virgen que piden misericordia para los hombres; es de las cosas más excelentes que tiene la pintura, y lo primero del arte.

» El cuarto orden de escaleras tiene otra cubierta de oro, nácar y azul, que cubre el

tercer descanso y cuarto orden de gradas; las cornisas son de frutas de media talla, doradas y de maderas de colores, con que todo es agradable y precioso. Tiene de bóveda una pieza el claustro, que es el Capítulo, sala ilustre cuajada de cuadros de la Orden, pincel romano, en doradas molduras, y una capilla con rejas...

» El refectorio es la más alta, ancha y hermosa pieza que hay de esta materia en el Perú, ni en España: muchas catedrales la estimaran para iglesia.

» Es todo de levantadas bóvedas, que sobre paredes de ladrillo estriban con muchas diferencias de labores recortadas, que van formando nichos, donde en cada uno está un lienzo romano de nuestra Orden, que hacen labor y dan majestad.

» Los suelos son de entrepuestos azulejos, y las puertas principales (fuera de otras tres menores) son de gallarda y labrada arquitectura. »

De la iglesia de Descalzas de San José dice la *Crónica moralizada*: «Se hizo curiosa de maderas, y la capilla mayor de un género de artesones de elegante primor; ninguna obra se ha hecho su semejante, y de su parte ninguna la iguala.»

Fray Agustín de la Trinidad labró, ha-

cia 1550, una imagen de Nuestra Señora de Gracia, creo que á instancias de Doña Juana de Cepeda, noble y devota matrona, lindo bulto que Calancha llama «hermosísimo, grave, devoto y majestuoso; tan bello que ganaba la común devoción; que importa mucho, según descaece nuestra naturaleza en las cosas espirituales, que sean las imágenes deleitables con que los ojos suelen negociar corazones». Tiene dicha iglesia de San José una suntuosa capilla y un ilustre retablo de bultos de talla y media talla, obra preciosa y adorno de majestad, con vajillas propias, no sólo de lámparas y muchos blandones de plata, sino de otros vasos, frescos, ornatos y galas que la autorizan y la engrandecen.

El primer santuario de todos que se elevó en el Perú fué el de Guadalupe, á honra de Nuestra Señora, que bajo esta advocación se venera especialmente en nuestra provincia de Extremadura.

El capitán D. Francisco Pérez de Lezcano, extremeño, llegó al Perú poco después de la captura y suplicio de Atahualpa. Fiel siempre á la bandera del monarca de Castilla, militó en las filas opuestas al menor de los Pizarros y á las del comunero Hernández Girón, que tantos días de luto dieron al

Perú recientemente conquistado. Pacificada totalmente la tierra por el virrey marqués de Cañete con la severa política que entabló, y de la que dimos cuenta en otro libro de esta obra, premió la fidelidad de Lezcano dándole la encomienda de Chérrepe, cerca de Trujillo.

Vivía Lezcano en la ciudad más que en su encomienda, y esto le fué causa de haber estado á dos dedos de una muerte infame. Amanecían fijos en las puertas de las casas de la ciudad pasquines sumamente ofensivos, y en breve la sociedad trujillana, aunque reducida, se vió envuelta en graves desazones.

Tras diligentes pesquisas para averiguar quién pudiera ser el autor de aquellos desvergonzados carteles, vino á conocimiento de la autoridad, por declaración de dos individuos, que la noche antes habían visto un encapado pegando carteles en las puertas, que lo habían seguido y visto entrar en casa del capitán Lezcano, y que por la talla se les figuraba ser dicho capitán.

Esto bastó para que el corregidor de Trujillo, D. Jerónimo Benel, nada amigo de Lezcano, diera á éste por reo, lo mandase prender y echar en la cárcel con grillos, y atado además á una cadena. Sustancióse ~~veloz~~

mente el proceso, y el capitán Lezcano fué, por difamador, condenado á muerte.

Antes de amanecer el día señalado para la ejecución, había sorprendido un platero de la ciudad al verdadero autor y fijador de los pasquines poniendo uno á la puerta de su tienda.

Era el tal un bachiller travieso y agudo, alto como Lezcano y que ocupaba una habitación en casa de este.

Probada plenamente la inocencia del capitán Lezcano y puesto en libertad, se dirigió á España en cumplimiento de la promesa que había hecho en la cárcel á la Virgen de Guadalupe de Extremadura, á saber: ir en persona á traer copia de ella si le libraba del trance en que estaba, y edificarla templo en la provincia de Trujillo del Perú.

Lezcano cumplió su voto; hizo que un habilísimo escultor sacase copia exacta de la Virgen, y sin detenerse un solo momento regresó con su imagen al Perú. Costeóle un hermoso templo, dió heredades con que sustentar á los religiosos agustinos que habían de cuidar de él, y así quedó renta fija para los gastos del culto. No contento con esto, fué él mismo el mayordomo y sacristán del santuario.

El terremoto de 1619 echó abajo este

templo, situado en el valle de Pacasmayo; mas al punto se empezó otro á corta distancia, y de él son las noticias siguientes, suministradas por el agustino Calancha:

« Fué por prior al recién empezado santuario Fray Francisco de Castro; acabóle del todo, el mejor y más suntuoso templo de bóvedas y lacerías y primor de arquitectura que tiene el contorno de cien leguas, y ni esta corte de Lima tiene muchos mejores, con ser tan ilustres sus edificios, ni rendirá mayoría á los famosos de Europa.

» Adornólo de láminas, colgaduras y lienzos, y puso los más celebrados milagros de la Virgen en cuadros grandes y con vistosas pinturas; hizo del suntuoso claustro el un ángulo, que después acabó, haciendo los tres, el P. Maestro Fray Hernando de Maldonado; es obra ilustre y ostentosa, donde la bóveda perpetuará el edificio y la memoria eternizará su trabajo. »

No se ha de quedar por decir lo precioso que en la sacristía de la catedral de Lima y piezas próximas reunió su Cabildo.

Continuará Echave y Assu, pero despojado de lo innecesario, como dije anteriormente: « En la testera de la antisacristía corre bien dispuesto y labrado orden de cajonería, digna peana y culto pedestal, sobre